

tas en su interior, y ello a pesar de la distorsión realizada por el autor para criticar al Fuero.

Es desafortunado tachar de apasionamiento (pág. 457) a uno de los estudios más importantes de ese profundo investigador que es Rodríguez Garraza, lo que quizás sea reflejo del propio apasionamiento que parece sufrir nuestro autor. González Antón tampoco entiende la coherencia de tránsito que existe entre el nacionalismo racionalista (*v. gr.*, Sieyès) del primer liberalismo y el nacionalismo romántico del siglo XIX; ni advierte que el nacionalismo del siglo XIX fue la puesta en práctica del propio liberalismo y una reacción a la frialdad racionalista de pensadores como Sieyès; ni, al fin, cae en la cuenta que el liberalismo fuese la antesala del socialismo.

Sin negar el esfuerzo de síntesis, los aciertos, y la facilidad con la que se lee este libro, considero que el autor no ha comprendido los principales hitos y el sentido general de la Historia de España. No obstante, en varias ocasiones ofrece una acertada crítica a las posiciones nacionalistas, surgidas éstas durante el siglo pasado en un sentido ajeno y aun contrario a la verdadera historia de España.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

Herbert Lottman: LA DEPURACIÓN (*)

La historia de Francia, como la de casi todas las naciones de Europa, se ha forjado, en buena parte, en los campos de batalla. Es una historia de victorias y derrotas en las que el honor de Francia y el de sus ejércitos ha quedado siempre a salvo (casi siempre, pero en fin, hablamos en términos generales).

Esta situación quiebra absolutamente a causa de la derrota infringida a Francia por el ejército alemán en 1940, y no por el hecho de la derrota en sí, sino por el modo en la que ésta se

(*) Ed. Tusquets, col. Andanzas, Madrid, 1998, 547 págs.

produce. La derrota, que es absoluta y sin paliativos, supone la desbandada de los ejércitos y la huida despavorida de la población hacia la frontera española: el sálvese quien pueda. No sólo la falta de acometividad, sino la de la más elemental voluntad de defensa caracterizan no sólo al Ejército sino a la entera sociedad francesa. La derrota no se justifica tanto por una aplastante superioridad militar germana, que no era tal, como por la profunda desmoralización social, por la frivolidad de la clase política y por la incompetencia del alto mando militar anclado en estrategias ya obsoletas en la Primera Guerra Mundial.

En una situación de caos absoluto, avanzando las tropas alemanas a marchas forzadas y cerniéndose la catástrofe sobre Francia, el Senado y la Asamblea, constituidos en Asamblea Nacional, se reúnen el 10 de julio de 1940 en Vichy y confieren, por 569 votos a favor y 80 en contra, al anciano Mariscal Petain, designado Presidente del Gobierno el 16 de junio por el Presidente de la República, "los poderes del gobierno de la república con el propósito de promulgar una nueva constitución que garantice los derechos de la familia, el trabajo y la Patria". Se otorgan plenos poderes al héroe de Verdún para que aupado sobre su indiscutido prestigio trate de salvar lo salvable de la total derrota. Tras la capitulación sin condiciones sobreviene la ocupación de la mitad del territorio francés, ostentando el gobierno de la otra mitad el Mariscal, constituido en escudo protector de los franceses ante la poderosa Alemania. El gobierno de Petain, instalado en la ciudad balnearia de Vichy, lleva a cabo su función entre luces y sombras, aciertos y errores, pero en cualquier caso, no hizo sino aquello que pudo hacer, siendo aceptado fervorosamente por la inmensa mayoría de los franceses, excepción hecha de un reducido número de militares que responden al llamamiento del General de Brigada De Gaulle desde su incómodo refugio británico para seguir combatiendo a Alemania. Pero no existe ni asomo de una resistencia popular contra el ocupante. La resistencia interior apareció tarde, limitándose a pequeñas escaramuzas de hostigamiento a la retaguardia alemana o a acciones de guerrilla urbana difícilmente diferenciables, en muchos casos, del puro terrorismo. La actitud de los auténticos resistentes resul-

ta no sólo respetable, sino en ocasiones heroica, pero generalmente simbólica y carente de eficacia.

No es mi intención exponer o analizar la actuación del gobierno de Vichy, su impronta ideológica ni sus avatares o evolución (teniendo siempre presente, eso sí, que no fue sino el albacea de una descomunal derrota), lo que sí es menester destacar es que a medida que las tropas se vuelven contra Alemania, la medrosa ciudadanía francesa va cambiando su adhesión inquebrantable al Mariscal, comenzando a coquetear veleidosamente con el General, aunque la mayoría nada y guarda la ropa.

Alemania es derrotada y De Gaulle entra en París cuyo camino han dejado expedito las ballonetas aliadas, y como el prestidigitador que de su chistera saca un conejo blanco, de su quepis extrae una flamante victoria. Francia, la gran derrotada, pasa a formar parte, por arte de birlibirloque, no sólo del grupo las naciones liberadas del dominio alemán, sino del de las grandes potencias vencedoras. La derrota que nunca existió. La colaboración que nunca existió. El gobierno de Vichy que nunca existió como legítimo gobierno de Francia. Un paréntesis de cinco años se abre en la historia francesa que comienza a reescribirse desde la óptica conveniente a los vencedores. Pero hay algo incómodo, molesto, que se opone tozudamente a la nueva versión de los hechos, que empaña la mágica victoria, el heroísmo unánime, la gran ilusión: todos aquellos que de una forma u otra colaboraron con las autoridades petainistas o de ocupación, todos los que no se opusieron: funcionarios, magistrados, militares, intelectuales o empresarios que por su actividad profesional destacaron de la masa neutra y sobre los que ha de pasar implacable el esmeril de la depuración.

Herbert Lottman, norteamericano afincado en Francia y especialista en su reciente historia, aborda la depuración intentando alcanzar la objetividad, tratando de descubrir el velo que cae sobre unos sucesos amargos y bochornosos.

A medida que las tropas aliadas van expulsando al ejército alemán o éste se retira ante la inminencia de su llegada, comienza la depuración y es en estos casos cuando reviste sus caracteres más sobrecogedores: ejecuciones sumarias de colaboradores,

mujeres a quienes se rapa al cero al cabeza por haber mantenido relaciones con soldados alemanes, palizas, torturas y vejaciones. Las nuevas autoridades francesas tratan de atajar estos desmanes llevados a cabo por presuntos resistentes, constituyendo órganos depuradores de carácter judicial o administrativo, pero junto a las actuaciones oficiales proliferan actos de venganza indiscriminados. Los malos tratos, las sevicias, no fueron patrimonio de la represión extraoficial, resultando a este respecto muy significativa la descripción que el autor hace del siniestro ambiente que reinaba en las prisiones en las que los detenidos se encontraban previamente a ser juzgados, destacándose de entre ellas la de Fresnes en la que se hacinaban miles de hombres y mujeres. Se celebran innumerables juicios por tribunales de nuevo cuño, de composición mixta judicial y política: así, junto a miembros de la carrera judicial toman asientos militantes de los partidos políticos de inspiración "resistente". Por su parte, la jurisdicción militar por medio de consejos de guerra lleva a cabo una amplísima depuración en el seno de las Fuerzas Armadas. Asimismo, organismos administrativos sancionan a los llamados colaboradores con la confiscación de sus bienes (en algunos casos de modo espectacular, como fue el de la nacionalización de las empresas Renault, de las que su propietario fue desposeído después de haber sido encarcelado y maltratado ferozmente), la imposición de multas o prohibición del ejercicio de determinadas profesiones, la inhabilitación para el desempeño de cargos o la retirada de honores o distinciones.

Todas las actuaciones represivas comienzan virulentamente en 1944 y finalizan, ya más atemperadas, con la Ley de Amnistía de 1953. Lottman analiza minuciosamente este período, siendo el primer autor que se ocupa de estos asuntos desde un punto de vista crítico, aunque su juicio, no obstante el esfuerzo de objetividad realizado, resulta acaso en exceso benévolo. Con todo, este libro aborda un moderno tabú, desvela aspectos desconocidos de la depuración y muestra al lector un triste episodio de la historia de Francia que ha permanecido demasiado tiempo oculto o enmascarado.

JOAQUÍN RUIZ DÍEZ DEL CORRAL